
La utilidad de la serpiente

La pérdida

No es más que una segunda adquisición

R. M. RILKE

*En el fondo, a pesar de esta lluvia
que se desliza jorobada, absorta, de perfil, e intenta
insinuarse por entre los sonidos
y la mirada, entre la glicina y la pena,
qué sentido pueda tener
esta cosa, sombra, hilo que se adelgaza
lo sabrás sólo aceptando
la maligna insistencia con la que yo soy*

Doce ojos

*cada vez que tu mirada acidula me
caracolea sobre los sentidos
doce ojos con rendijas de piedra me traen
jardines de malestar, violines, y una luz que chirría
con un bisbiseo de moscas en el hueco
entre el pulgar y el índice, y por la espalda el techo
de mi resistencia precipita, tanto
que deliciosamente espero una especie de muerte, aunque
la mirada se revuelque, cada vez, en tu interior
hasta poner en duda toda sustancia, incluso
el crujido del pensamiento, no digo
el cuerpo, ni las palabras que tal vez, de repente,
incautamente alcanzan, y entonces te veo
sólo con dedos que se abogan separados, enredaderas
que se enroscan en un alba incolora
mientras defines de nuevo la luz acumulando, frenética, guijarros
y flores, sonidos, añoranzas, élitros secos y basura
en el punto en que por fin creí alcanzarte*

Estancia

*Estrechar firmemente lo que ha muerto
exige la fuerza más grande*

*paja, ojos, dura, ausente, figura
ininterrumpida, infección, sujeto e inclinación
a la noble acción de rebuirte: me encuentro
con tu sombra que es siempre llanura,
hielo y sequedad con que excitas, y eres
a veces un puede, otras un debe,
no hablas, no escondes, significas, mirada
oscurecida en los nombres de lo azul, incurable,
límpida suficiencia de existir, y en este
hoscó vacío me confirmas, exhibes
un cuerpo alegre de muerte y de lenguaje:
mi felicidad será decirte tan sólo
cómo te había perdido*

Nota al margen

*La malignidad de las cosas, Ludwig... no,
no tú que flotas con el abrigo y el doctor
por un cañaveral, imitando a los patos salvajes,
...no puedes imputarla a un descuido,
a una perplejidad momentánea —las leyes naturales
son culpablemente inocentes, incluso
los hombres como tú, que no es casualidad si insisten, en el sueño,
acoplando números, y deseos, proposiciones
sospechables siempre de moral: prefiero
el indeleble rictus de tu homónimo a semejantes
interferencias...*

La visita

A Ugo Mulas

*Uno de estos días de mal agüero, un amigo
curador de terrones, de textos
del siglo dieciocho, de calaveras, una especie
de jardinero si se pudiera evitar la imagen
de una naturaleza ordenada, de cavador
melancólico, bizarro, habiendo muerto hace ya tiempo,*

*con un fragmento de esfinge en el ojo,
desmenuzando entre los dedos la toca
de una crisálida, he notado
que había venido a verme, absorto, púdicamente,
murmurando, supongo, algo
como ecpyrosis, kalûga, ragnarök, inciertas
definiciones, como siempre, si bien límpidas,
y rodeando la columna de madera con el gorrión
negreante y los engranajes pendiendo de los hilos
con el miedo, todavía, de tropezar, de
provocar ondulaciones y retintines perversos,
me ha dejado una fotografía, un vuelo
vibrante de sombras nubladas, casi
un jirón de cielo salpicado de manchas, de heces
sagradas, y una hilera de hermes, de estelas inmóviles, una
sola con el dedo levantado ante los labios, el seno
granuloso, y un león en el fondo, en perspectiva,
y así me pregunto si este cambio de luz,
repentino, no será un indicio —no sé
de qué, pero en algún lugar de la vida
parece que empieza otra vez a arrastrarse, como
un gusanillo alegre*

Si

*Si el grande hielo no fuera más que una oveja, o un hueso
sobre el que patina experto un único código, si
la piedad natural justificara las cenizas,
la muerte innatural la angustia del grito,
si el arte fuera indoloro, madame, como el mordisco
en el cuello de los amantes, un agradable tránsito, nada
podría decirnos de antemano con qué rigurosa perfidia
cada vez se impone nuestra diferencia: seríamos
la copia mal conseguida de algo ya acabado, el saco
con que el bufón se envuelve la cabeza*

(Mayo, 1979)

*Si tú me hubieras llamado, alguna vez; aunque
yo no consiga decir de quién es la voz
siempre al acecho, el buho que blanquea, el delirio
del cuerpo en los prados deshechos, la sátira en el aliento*

*de algún insecto ingenioso; el crepúsculo se amedrenta
en la garganta, granero de pronombres que queman y
te habría preguntado, requerido la muerte, confundido
con ráfagas de viento; la luz: y los perfumes, estrujando
entre los dedos campánulas, se exhalan corrompidos; ante
una cumbre de dudas se estrangula el sonido, permanece
un solo instante oscilando entre el verde, la oscuridad,
e intenta serme amigo su lazo de hierbas,
desgarrado lagarto*

La utilidad de la serpiente

*Es la idea del maligno que la muerde. Piensan en ello
siempre, desde siempre. Le atribuyen cosas
inenarrables, se las enroscan. Ella piensa.
Como piensan los gorriones, los empresarios fúnebres,
las viejecitas, las retamas con toda su maquinaria de espinas,
incluso un famoso relato de Kipling. ¿Qué hacer?
Cuando la serpiente se arrastra, con escéptica indolencia,
el ojuelo malicioso sobre las paredes interiores del, de la,
del algo, de lo que no se sabe, y consigue ver la luna,
e intenta forzar el ojo de la aguja, indiferente placer, sea como sea,
con un exiguo gemido sospechoso, y la piel, arrugada,
se le agrieta alrededor de la espiral, soplando la paradoja
de su lengua de árbol perdido, en el click imperceptible
de su sinuosa, hendidura elegante, un craquelé
modelo arcaico incluso del estilo, es precisamente entonces
se dice, con una chispa de ciencia bifurcada, política,
que algo va a acontecer, acontecerá... Y se continúa a esperar
que acontezca, se espera, no se hace más que esperar, aquel
arrebato imprevisto, resolutivo, el nuevo comienzo. Nadie
celebra sin embargo el rito, el mordisco, el veneno,
inadvertidamente dedicado a otros, aún demandado.
De ahí la extrema comodidad de poseer un animal semejante.*

Parágrafo sobre el desamor

*Felices los desamores, considerados los tiempos: los primeros
y los últimos, tuyos, ajenos, los que van en escalada
y los que van de cabeza, en el frescor de la hierba, en el vendaval oscuro
de la mañana de otoño, incluso los del escarabajo,
del murciélago con levita y los de la máquina de escribir,*

*de luna en los ojos. Las cabras lamían la sal.
Era un otoño frío, y la carne de los cardos
insípida y astillosa. Los despertó una voz
que rodaba por entre las piedras, un pequeño arroyo, un bisbiseo
burocrático, una respiración legal, y por tan sólo
un instante un escalofrío, un aliento dulce
de felinos invisibles invadió la noche.
Pero dónde fueron a enterrarse, en qué cielo
cargado de nubes los dos personajes
que habían rebuscado en los archivos para asegurarse
de que aquel era precisamente el fin, el anuncio
de la lluvia, el regreso, la historia se niega
a decirlo. Acá y allá una colina se mueve.*

ROBERTO SANESI
*Via Machiarelli, 10
20145 MILANO
(Italia)*

(Traducción de LYRIA HADO)



Figurín de Manuel de la Cruz para un traje de actriz. Museo Municipal, Madrid. (Foto, Domínguez Ramos.)